

Pilar Máynez

“Fray Bernardino de Sahagún, lingüista”

p. 137-150

*Bernardino de Sahagún: quinientos años de presencia*

Miguel León-Portilla (edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

2002

280 p.

(Serie de Cultura Náhuatl. Monografías 25)

ISBN 968-36-9920-0

Formato: PDF

Publicado en línea: 29 de junio de 2018

Disponible en:

[www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/393/quinientos\\_sahagun.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/393/quinientos_sahagun.html)



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## FRAY BERNARDINO DE SAHAGÚN, LINGÜISTA

PILAR MÁYNEZ  
ENEP-Acatlán, UNAM

### *Antecedentes*

Fue el siglo XVI una época de gran auge para los trabajos lingüísticos. El latín que había sido la lengua más estudiada durante la Edad Media continuó siendo objeto de pormenorizados análisis filológicos y gramaticales. La corriente purista precedida por el italiano Lorenzo Valla pretendía restituir la propiedad del latín ciceronino que, en su opinión, había sido contaminado y barbarizado por las reflexiones de carácter exclusivamente filosófico de los gramáticos especulativos.

Se retoma, como consecuencia de la llegada a Italia de los sabios bizantinos expulsados de Constantinopla, el estudio del griego y se intensifica el del hebreo debido a las controversias teológicas concernientes al origen del lenguaje; las teorías monogenéticas consideraban que era éste el idioma del que se derivaban todos los demás.

Por otra parte se inicia un intenso trabajo de registro y descripción gramatical de las lenguas vulgares. Si por siglos éstas habían sido prácticamente ignoradas, es en el Renacimiento cuando llegan a adquirir el mismo rango que el latín que había funcionado durante el medioevo como lengua universal. De 1444 a 1554, según un estudio realizado por Kukenheim, se elaboran 164 gramáticas sólo del francés, italiano y castellano, de acuerdo con los modelos establecidos por la tradición grecolatina.<sup>1</sup>

En este periodo, los grandes acontecimientos como la colonización del Nuevo Mundo y los viajes alrededor del Globo propician la elaboración de enormes vocabularios que pretenden concentrar el mayor número posible de muestras sobre los idiomas hablados

<sup>1</sup> Jesús Tusón comenta al respecto que “En total, y sólo en los primeros años del periodo que estudiamos en este capítulo —se refiere al que va de 1466 a 1566— serán setenta y dos las gramáticas de la lengua italiana, cincuenta y cinco de la francesa y treinta y siete de la castellana, según los datos de Kukenheim, cosa que constituye una muestra del interés que suscitaron algunas lenguas vulgares en el Renacimiento, *Aproximación a la historia...*, p. 54.

en las todas las latitudes descubiertas. Sobre la base del *Dictionarium* de Ambrosio Calepino (1502), que en sus inicios sólo fue un diccionario monolingüe con algunas correspondencias en griego y al que posteriormente, en 1590, se integraron referencias de hasta once idiomas,<sup>2</sup> se realizan monumentales *corpuses*, que lo mismo incluyen información referente a las diversas clases de escritura, muestras de un texto como el Padrenuestro en diversas lenguas, que numerosas equiparaciones léxicas.

En España, el entusiasmo de la corte de Juan II por el latín continúa en la de los Reyes Católicos. La reina lo estudia junto con sus hijos y se sabe que la infanta doña Juana, futura madre de Carlos V, lo llegó a dominar a tal grado que incluso improvisaba discursos en ese idioma.

Continúan, como en otras partes de Europa, realizándose gramáticas en latín; un ejemplo de ello fueron las *Introducciones latinae* de Elio Antonio de Nebrija, que se convirtió en modelo de las gramáticas sobre las lenguas indígenas elaboradas en el Nuevo Mundo. Pero Nebrija también dignificó la lengua castellana, equiparándola al latín y proclamándola política y artísticamente digna émula de la de Roma. Por eso lleva a cabo la confección de la primera *Gramática de la lengua castellana* y de un *Diccionario latino-español*, editados ambos en 1492.<sup>3</sup>

Cuando fray Bernardino de Sahagún, natural del reino de León, pasa a estudiar a la Universidad de Salamanca, se encontró con un ambiente privilegiado del saber humanista. En esa universidad habían impartido cátedra notables filósofos, juristas y gramáticos como Francisco de Vitoria, Juan López de Palacios Rubio y Elio Antonio de Nebrija, quien había sido lector de Elocuencia, Poesía y Gramática hasta 1507. En este lugar también, dice Miguel León-Portilla:

hubo especialistas en hebreo, griego y árabe. Los dedicados a tales estudios comenzaron a conocerse como los “trilingües”, designación que, años más tarde, aplicaría Bernardino de Sahagún a sus discípulos indígenas en el Imperial Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco

<sup>2</sup> La edición de 1590 que se publicó en Basilea incluía referencia en los siguientes idiomas: latín, hebreo, flamenco, griego, español, francés, polaco, italiano, húngaro, alemán e inglés.

<sup>3</sup> Dice Juan Luis Alborg: “Tres fueron los propósitos de Nebrija al redactar su *Gramática Castellana*: establecer las normas que fijasen de manera definitiva la estructura del idioma castellano; facilitar a su vez, mediante su perfecto conocimiento, el estudio del latín; y forjar el instrumento conveniente para que los pueblos que entrasen a formar parte de los dominios de Castilla pudiesen aprender su idioma. *Historia de la literatura española*, v. I, p. 520.

que erigió en 1536. Los trilingües de Sahagún serían, a su vez, expertos en latín, castellano y náhuatl.<sup>4</sup>

Como veremos, la formación que obtuvo fray Bernardino en ese centro universitario influyó de manera determinante en la concepción histórica, filológica y gramatical de los trabajos que llevó a cabo en el Nuevo Mundo.

*Primeros acercamientos con la problemática lingüística del mundo amerindio*

En 1529 llega Sahagún a México junto con diecinueve compañeros de la orden franciscana, encabezados por fray Antonio de Ciudad Rodrigo. Su primera ocupación fue la de aprender la lengua mexicana, de la cual, posiblemente, tenía ciertas referencias, pues en su trayecto a América pudo haber establecido contacto con los indígenas que Cortés había llevado a España y que venían de regreso en la embarcación por orden del Emperador. “Conocido el carácter de indagador —comenta Joaquín García Icazbalceta— y puesto que iba a evangelizar una nueva tierra donde se hablaba la lengua mexicana, es de creer que cuidaría de prevenirse recogiendo cuantos vocablos y frases pudiese...”<sup>5</sup>

Desde los primeros años de su llegada, vemos al fraile integrado plenamente a la vida religiosa y académica. En 1536 está presente en la apertura del Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, donde se impartía un programa muy apegado al modelo clásico establecido por los Frailes Menores. Éste consistía en estudios de gramática, retórica y lógica, que se complementaban con los de aritmética, geometría, astronomía y música, y con conocimientos elementales de teología.<sup>6</sup> En este lugar se cultivó, asimismo, el estudio gramatical y filológico del latín, del castellano y del náhuatl. Si en Salamanca los especialistas en hebreo, griego y árabe fueron fundamentales en la labor de traducción y fijación de textos, en el Colegio de Santa Cruz, los trilingües resultaron claves para la elaboración de los trabajos que el infatigable fraile se propuso llevar a cabo.

Se trataba, por una parte, de confeccionar un conjunto de textos religiosos para la evangelización de los naturales, pero, por otra parte, también se necesitaba conocer el pensamiento y la cultura

<sup>4</sup> León-Portilla, “El mundo en que vivió Bernardino de Sahagún...”, v. 28, p. 322.

<sup>5</sup> Joaquín García Icazbalceta, *Bibliografía mexicana...*, p. 328.

<sup>6</sup> Sobre este tema, véase Baudot, *Utopía e historia...*, p. 121.

del posible nuevo creyente a través de su medio de expresión, a fin de poder detectar la efectividad del proceso de conversión. El medio para la realización de ambas empresas era la lengua náhuatl. En este idioma deberían elaborarse los sermones, epístolas, evangelios, vidas de santos para la educación religiosa que recibirían los indígenas; y, también en este idioma deberían realizarse las pesquissas en torno a la cosmovisión que se deseaba suplantar.

Sahagún conoció a fondo la lengua mexicana, así nos lo hacen saber sus compañeros de Orden y sus superiores, y así lo podemos constatar a través de sus tareas de traducción y de sus monumentales proyectos gramaticales y lexicográficos. Fray Gerónimo de Mendieta comenta al respecto que “aprendió en breve la lengua mexicana y súpola tan bien que ninguno otro hasta hoy se le ha igualado en alcanzar los secretos de ella y ninguno tanto se ha ocupado en escribir en ella”.<sup>7</sup> También una *Relación y descripción de la provincia del Santo Evangelio de México* ponía de manifiesto la sapiencia de Sahagún y de Alonso de Molina, autor del *Vocabulario en lengua castellana y mexicana y mexicana y castellana*, en todo lo tocante a los secretos y propiedades de ese idioma indígena, y aconsejaba al virrey y a los prelados de la Orden brindar todo el apoyo a ambos frailes para que continuaran escribiendo en dicha lengua en beneficio de sus fines proselitistas.<sup>8</sup>

Como ya se mencionó, fueron dos fundamentalmente los proyectos que Sahagún concibió y que fueron desarrollándose en forma paralela: una enciclopedia doctrinal que incluía la *Postilla*, la *Psalmódia*, el *Evangelario* y los *Coloquios y doctrina cristiana*; y una enciclopedia de la cultura de los nahuas del altiplano central que no tuvo parangón alguno, conocida como la *Historia general de las cosas de Nueva España*.

Para la realización de la primera se requería el dominio pleno del náhuatl pues se trataba de difundir el credo que se deseaba imponer entre los nuevos catecúmenos. Las dificultades que implicaba las veremos posteriormente; para la ejecución de la segunda, se requería también conocer a fondo el idioma mexicano, a fin de comprender al “otro” inmerso en su cultura, la cual estaba articulada mediante su muy particular sistema de expresión.

Con la ayuda de sus trilingües pudo llevar a cabo una y otra tarea. Por lo que respecta a su labor catequística, el propio fraile confiesa que:

<sup>7</sup> Mendieta, *Historia eclesiástica...*, v. I, p. 186.

<sup>8</sup> León-Portilla se refiere a esta *Relación...* en *Bernardino de Sahagún*, p. 110.

Si sermones y postillas y doctrinas se han hecho en la lengua india, que pueden parecer y sean limpios de toda herejía, son precisamente los que con ellos se han compuesto, y ellos por ser entendidos en la lengua latina nos dan a entender las propiedades de los vocablos y las propiedades de su manera de hablar... y cualquier cosa que se haya de convertir en su lengua, si no va con ellos examinado, no puede ir sin defecto.<sup>9</sup>

Y también con ayuda de sus trilingües pudo acometer la difícil empresa que le había sido asignada por el provincial fray Francisco de Toral quien, indudablemente, conocía las dotes excepcionales del fraile como lingüista.

Pero sería injusto atribuir sólo a la orden de este prelado la inmensa obra elaborada por fray Bernardino con la colaboración de sus informantes y alumnos indígenas. Es innegable que sin el apoyo de su Orden que, sobre todo en el inicio de la empresa se mostró favorable, hubiera sido muy difícil llevarla a cabo, pero también es verdad que Sahagún había emprendido durante su primera estancia en Tepepulco en 1547 la compilación de los testimonios indígenas conocidos como *huehuetlahtolli*, que más tarde conformarían el Libro VI de su magna *Historia general*. En este sentido asegura Jesús Bustamante que:

Sahagún, actuando como un perfecto humanista vulgar, recoge los discursos tradicionales, los de carácter moral que hizo el pueblo... La especial articulación y coherencia que dio a esos discursos le permitió obtener secundariamente un relato casi sistemático y completo del ciclo vital mexicano, narrado por los propios indígenas y en su propia lengua.<sup>10</sup>

Desde muy pronto Sahagún comprendió que los textos religiosos que enseñarían a los indígenas en su idioma no deberían ser una mera traducción a partir del castellano. Así, el *Sermonario* elaborado en los años cuarenta presenta ya las características que tendrán sus obras; es decir, su concepción fundamentada en la propia estructura del náhuatl y no en la de un sistema ajeno.

Sahagún procedió de la misma forma en la confección del complejo doctrinal que se propuso elaborar y en el ambicioso proyecto de la *Historia*: primero llevó a cabo numerosos borradores que posteriormente fueron revisados y corregidos. En 1548 tenía compues-

<sup>9</sup> En Baudot, *Utopía e historia...*, p. 121.

<sup>10</sup> Bustamante, *Fray Bernardino de Sahagún. Una revisión crítica...*, p. 404.

to el *Sermonario* al que hemos aludido, el cual revisó y amplió en 1563. Lo mismo ocurrió con el *Evangelario* que finalmente se sacó en limpio en 1561. Durante su segunda estancia en Tepepulco, hacia 1558 y 1560, además de iniciar sistemáticamente sus pesquisas etnográficas y lingüísticas para su *Historia general*, trabajó en la *Postilla* y en la *Psalmodia*: la primera “siguió limándose” hasta 1564 y fue muy difundida entre los evangelizadores a través de numerosos manuscritos por considerarse un instrumento eficaz de predicación; la segunda, tuvo mejor suerte pues, a pesar de la resistencia inquisitorial, finalmente se publica en 1583.

Por otra parte, Sahagún, con la ayuda de sus colaboradores indígenas, reelabora durante su estancia en el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco en 1564, tomando como base unos apuntes en náhuatl encontrados en la biblioteca de ese lugar, otra de las obras que forman parte del complejo doctrinal al que nos hemos venido refiriendo: *Coloquios y doctrina cristiana*. Son éstos el testimonio más antiguo del que se tiene noticia sobre las discusiones cristiano-gentílicas entabladas en el Nuevo Mundo.

En estos *Coloquios* se puede advertir un problema lingüístico-ideológico al que tuvieron que atender Sahagún y quienes, como él, quisieron traducir a las lenguas amerindias diversos textos considerados idóneos para el proceso de conversión: ¿en qué forma se debía hacer referencia a conceptos fundamentales de la religión que se deseaba implantar en este transvase de oraciones, sermones, doctrinas y catecismos?, ¿términos como “Dios”, “cielo”, “infierno”, “pecado”, “bautismo”, “confesión” debían incorporarse como hispanismos en las versiones realizadas a los distintos idiomas amerindios, a fin de no ser confundidos con sus equivalentes en aquéllos, o debían someterse al mismo procedimiento que el resto del documento?

En un estudio realizado con relación a este caso de interferencia en los *Coloquios y doctrina cristiana*,<sup>11</sup> hemos advertido en el texto náhuatl la referencia a los miembros del cuerpo eclesiástico y de la jerarquía de espíritus bienaventurados, tales como “padre”, “ángeles”, “arcángeles”, “serafines”, “querubines”, “tronos” y “principados” mediante su forma castellana, y esto podría explicarse por la falta de su correlato en el mundo indígena. Asimismo, se encuentran pares antonímicos que revelan los objetivos de la evangelización. Por ejemplo, la relación cielo/infierno aparece registrada de manera regular mediante la frase castellana “cielo empíreo” y la tradicional voz náhuatl *mictlan*. Este deslinde designativo puede deberse al deseo de

<sup>11</sup> Máynez, “Problemas semánticos...”, p. 121-129.

establecer claramente los ámbitos de la “gentilidad” y de la “cristianidad”; del *mictlan* y del “cielo empíreo”, esto es, el “celestial, supremo y divino” al que se podría acceder una vez convertido.<sup>12</sup>

No obstante, por otra parte, términos medulares de la fe católica fueron traducidos, a pesar de las posibles evocaciones que pudieran sugerir en los nuevos catecúmenos. Algunos estudiosos afirman en este sentido que: “no se usó en estos textos nunca de la palabra náhuatl *teotl*, sino de la castellana “Dios” para que quedara bien precisa la diferencia entre las divinidades del paganismo y el Dios único de los cristianos”;<sup>13</sup> sin embargo, en este trabajo se pudo constatar, por ejemplo, que este vocablo castellano convive en la versión náhuatl con *teutl*, *nelli teutl*, *in icel teutl*, *totecuiyo Dios*, *Ipalmemoani* y *Tloque Nahuaque*.<sup>14</sup>

Hasta aquí hemos visto la forma en que Sahagún procedió en la realización de sus obras de carácter religioso destinadas a la evangelización, tanto en la peculiar forma de su concepción como en los procedimientos adoptados en su tarea de transvase de términos muy específicos y propios de la fe cristiana. El primer aspecto supuso la superación de la mera traducción literal; el segundo, una nada fácil decisión conceptual y lingüística que sin duda habría de redundar en el mensaje cristiano que se deseaba difundir a los nuevos feligreses.

### *Su obra teórico-descriptiva*

Pasemos ahora a sus trabajos teórico-descriptivos sobre la lengua mexicana. Hemos dicho anteriormente que fray Bernardino se había formado en Salamanca donde había impartido cátedra el autor de la primera gramática y vocabulario de la lengua castellana; nos referimos a Elio Antonio de Nebrija. Cuando Sahagún estudia en esa Universidad todavía perduraba el recuerdo de las aportaciones nebrisenses. De ahí que no se asombrara de los esfuerzos emprendidos por fray Andrés de Olmos y fray Alonso de Molina, compañeros suyos de Orden, por dotar de una descripción gramatical y un registro lexicográfico a una de las numerosas lenguas vernáculas del nuevo mundo que consideraron idónea para la evangelización.

<sup>12</sup> En el cielo empíreo los ángeles, santos y bienaventurados gozan de la presencia de Dios, fuego espiritual y eterno.

<sup>13</sup> Véase Ricard, *La conquista espiritual...*, p. 132.

<sup>14</sup> También encontramos otras formas de alusión al Dios cristiano como: *in tlacatl totecuj*, *in nelli ipalmemoani*, *in nelli tecocoyoni*, *in nelli tloque nahuaque*.



Dos han sido los trabajos que en este rubro se han atribuido a nuestro fraile: el primero de ellos es el *Vocabulario trilingüe castellano, latino, náhuatl*, inspirado en el modelo lexicográfico nebrisense, el cual ha sido fechado entre 1545 y 1555 y que se conserva en la Biblioteca Newberry de Chicago. Ahora bien, a pesar de que la mayor parte de los estudiosos sahagunistas desde Torquemada y Vetancurt han coincidido en que el *Vocabulario* se debe al franciscano, Mary Clayton considera improbable esta adjudicación. La investigadora comenta en un artículo que existe un gran número de errores de carácter fonológico, como la confusión de p/b, t/d, c,q/g y de las vocales o/u (nuche/noche) en las glosas españolas, difícilmente atribuibles a un profundo conocedor del castellano como Sahagún.<sup>15</sup> Este fenómeno parece deberse, según la citada investigadora, a un caso de interferencia, y podría hacernos suponer más bien que el copista y posible autor de esta obra fuera un hablante nativo del náhuatl.

La hipótesis de Clayton se funda también en algunos comentarios encontrados en la *Historia general* en los que sólo se alude al Callepino que puede extraerse de este monumental manuscrito y al que haremos referencia más tarde, y nunca —dice la autora— a un *Vocabulario trilingüe*. Este argumento, no obstante, puede desecharse pues en la nota “Al lector” que se encuentra al final del *Kalendarario mexicano, latino y castellano* aparece una alusión precisa de Sahagún al vocabulario trilingüe, cuando advierte que “hazian —se refiere a los naturales— muchas y grandes ceremonias, las que se verán por extenso en el vocabulario de tres lenguas que se va haziendo”.

Aunque algunas de las consideraciones filológicas y lingüísticas que aduce Clayton para objetar la paternidad de Sahagún con respecto al *Vocabulario* resultan convincentes, se requiere una fundamentación más sólida y pormenorizada para desechar definitivamente esta obra que la tradición de siglos ha atribuido al franciscano.

Por otra parte, fray Bernardino también elaboró en 1569 durante su estancia en el convento de San Francisco un *Arte de la lengua mexicana*, la cual rehizo nuevamente en 1585 y a la que anexó un vocabulario. A ella se refiere en los prólogos a los Libros I y II de su magna *Historia*. No obstante, dicho manuscrito que resultaría de muy grande interés para conocer la forma en que procedió en la reducción gramatical del náhuatl así como la estructura y el contenido del lexicón añadido, se encuentra extraviado.

<sup>15</sup> Véase Clayton, “A Trilingual Spanish-Latin-Nahuatl Manuscript...”, v. 55, n. 4, p. 391-416.

### *Los inicios de su monumental proyecto lexicográfico*

Pero el estudio lingüístico emprendido por Sahagún no se circunscribió tan sólo al nivel teórico-descriptivo. Para nuestro fraile el conocimiento de la lengua mexicana constituía un eficaz medio para aproximarse al “otro”, a ese “otro” al que se propuso estudiar y comprender. En este sentido, fray Bernardino consideró que la lengua configura la percepción del universo y que a través de ella se podía interiorizar con mayor certidumbre en el pensamiento de un pueblo. De acuerdo con esta premisa, llevó a cabo su estudio etnográfico que culminó con los doce libros que conforman su obra más acabada: el *Códice Florentino*. Sahagún penetró en el mundo amerindio valiéndose de su propia lengua; reunió el material obtenido en sus pesquisas con los sabios acolhuas y mexicas en náhuatl y realizó numerosos borradores y versiones en ese mismo idioma. El resultado de sus primeras indagaciones con los acolhuas de Tepepulco fue el manuscrito de 1560 en el que se encuentran ya los fundamentos del gran proyecto lexicográfico que pretendía llevar a cabo. Se trata de un listado de palabras acompañadas en ocasiones de sus correspondientes definiciones en náhuatl y de breves explicaciones relativas a instituciones sociales y religiosas. Bustamante advierte al respecto:

Sahagún, en esta obra tiene un preocupación principal: las palabras. El léxico, la definición de sus significados y la especificación de sus usos especiales... las bases de un Calepino. Precisamente de esta preocupación central derivan dos características importantísimas. Primero, en esta obra interesan y se pretenden recoger todos los aspectos de la vida social y cultural mexicana, porque a todos ellos alude el vocabulario. Segundo, la obra está meticulosamente ordenada, reuniendo las palabras por campos semánticos y articulando los campos semánticos en una estructura jerarquizada universal (la “cadena del ser”, de Dios a las formas minerales) que reúne todos los temas, todas las ciencias. La suma de ambas características es lo que hace de este escrito el germen de una especie de enciclopedia de la cultura nahua.<sup>16</sup>

Pero este proyecto lingüístico va adquiriendo distintas características y dimensiones en las etapas sucesivas de su desarrollo. Sahagún establece claramente las bases de su propuesta lexicográfica en la segunda fase de su investigación durante su estancia en Tlate-

<sup>16</sup> Bustamante, *Fray Bernardino de Sahagún. Una revisión crítica...*, p. 412.

lolco. Pretendía el fraile presentar toda su obra de la misma forma en que se encuentra en los *Memoriales con escolios*, correspondientes a este periodo. Los escasos folios que conforman estos *Memoriales* están constituidos al lado izquierdo por la versión castellana que realizó fray Bernardino del texto náhuatl, el cual aparece en la parte central, mientras que a la derecha se incluyen las glosas explicativas de las voces y frases nahuas. Pero veamos los criterios que siguió el franciscano en las notas referentes al extremo derecho de estos textos:

Cuando se trata de nombres, y aquí empleo la terminología occidental que se ha adoptado desde la primera gramática de fray Andrés de Olmos, hasta los estudios lingüísticos actuales, proporciona sistemáticamente su traducción al castellano y la manera en que dicho elemento entra en composición con el prefijo posesivo de primera persona del singular. Así tenemos en *tetl* = fuego, caso *notleuh*.

Para los adjetivos, y al igual que fray Alonso de Molina, con quien muy posiblemente intercambió sus materiales lexicográficos, Sahagún optó por enunciar el calificativo en cuestión antecedido por el sustantivo “cosa”; así, por ejemplo, en las obras de ambos tenemos: *huitoliuhqui* = cosa arqueada y su sinónimo *tlahuitoltic* = cosa corva. En cuanto a los verbos, también sigue un método muy definido; proporciona la traducción al castellano en su modo infinitivo y después anota la forma pretérita en tercera persona del singular: *tona* y *tlanextia* aparecen en el texto náhuatl con los números 2 y 3 respectivamente, y en los escolios encontramos “resplandecer”, pto. *otonac* y “alumbrar” pto. *otlanextli*. Asimismo se encuentran con su nota explicativa otras clases de palabras, como son pronombres (*nehuatl* = yo), conjunciones de elevado rendimiento frecuencial (*auh* = y, *ic* = por causa de) y numerosos adverbios (*achi* = poco, *achtopa* = antes, *ompa* = allá, *zatepan* = después).

Fray Bernardino no se conformó con proporcionar sólo una traducción del vocablo; en varias ocasiones encontramos yuxtapuestos dos o más posibles equivalentes del término náhuatl, como en *cueponi* = salir la estrella o brotar, y *hualoloa* = saltar o arremeter o reventar. Otras veces recurrió a la comparación para aclarar el término indígena, como por ejemplo en *Tlalocan* = tierra de deleites como el paraíso terrenal, e incluso, en algunos casos, dejó su propia interpretación respecto al concepto referido, como en *Xochilhuitl* = una fiesta de demonios.

Ahora bien, la mayor parte de los términos destacados con los dígitos que se suceden del 1 al 100 aluden a conceptos medulares de

la cosmovisión indígena, y son nombres o verbos como *Nanahuatzin*, *Tecuciztecatl*, o bien, *copal* = incienso de esta tierra, *mictlan* = infierno; *tlanextia* = resplandecer, *nezahualoya* = ayunar. Pero Sahagún no trataba tan sólo de explicar las voces de especial contenido en la cultura mexicana; también, como ya se indicó, quiso definir en sus glosas otras categorías gramaticales portadoras de diversas funciones, como los pronombres, los adverbios, las conjunciones e incluso las interjecciones.

Aunque fray Bernardino de Sahagún no logró concluir este interesante ensayo lingüístico, pues son unos cuantos los folios anotados de esta forma, sí se ocupó, en cambio, de establecer los fundamentos de un monumental calepino sobre los más diversos componentes del mundo mexicano. Éste es indudablemente el trabajo más completo de su ambicioso proyecto lexicográfico, en el que, si bien no proporciona una columna específica de referencias gramaticales del tipo advertido en los *Memoriales con escolios*, sí ofrece, por otra parte, una detallada descripción semántica de los lexemas tratados.

En efecto, fray Bernardino dispuso en 1575, quince años antes de su muerte, una copia de los doce libros de su obra más acabada conocida como *Códice Florentino* que contiene numerosos aspectos relacionados con la religión, flora, fauna, alimentación, herbolaria, gobierno y comercio, entre otros muchos más, de los antiguos mexicanos. En la parte castellana del *Códice*, Sahagún introdujo alrededor de cuatro mil voces nahuas acompañadas aproximadamente de veinte mil definiciones distintas. Por supuesto que algunas de ellas aparecen en el texto con mayor frecuencia que otras, debido a la importancia que revistieron en ese particular universo.

Las bases de ese que muchos de sus contemporáneos llamaron “calepino” están echadas. Resta, sin embargo, la elaboración de lo que sería propiamente el calepino, es decir, de ese enorme vocabulario conformado por las voces nahuas extraídas de la crónica sahuaguense, que fueron transvasadas al castellano por una excepcionalmente renacentista que intentó acercarse al mundo del “otro”, definiendo los diversos términos de su expresión lingüística.

El propio Sahagún comenta al respecto en la nota introductoria “Al sincero lector”:

Es esta obra como una red barreada, para sacar a la luz todos los vocablos de esta lengua, con sus propias y metafóricas significaciones, y todas sus maneras de hablar porque con hartos menos de lo que aquí me cuesta, podrán los que quisieren saber en poco tiempo muchas de sus antiguallas y todo el lenguaje de esta gente mexicana.

Ahora bien, la mayor parte de los términos nahuas fueron explicados por Sahagún detalladamente; por ejemplo, en el Libro VIII proporciona una relación puntual de las diversas clases de *tamales*, que aparecen definidos al inicio de la obra como “pastelejos redondos, hechos de mahiz”.

Otros *tamales* comjan (los señores), que llaman *yztac tlatzincujtl*, estos son muy blancos y muy delicados... Otra manera de *tamales*, comjan, que llamaban *yztac tetamalli*, blancos, pero no tan delicados como los de arriba algo mas duros. Otros *tamales* comjan que son colorados, que despues de hecha la masa, la tienen dos dias al sol o al fuego, y la rebuelven, y ansi se para colorada.

Otros *tamales* comjan, que llaman *nexiotamalli quatecujcujlli*, quejere dezir, *tamales* simples, que nj son muy blancos, sino medianos, y tienen en lo alto un caracol, como los de arriba dichos. Otros *tamales* comjan, que se llaman, *tamalatl quauhnextli*, estos *tamales*, no eran mezclados con cosa njnguna.<sup>17</sup>

La tarea que se trazó Sahagún supuso un enorme esfuerzo lingüístico-conceptual. Se trataba de describir realidades propias de un universo diferente que, en muchos casos, no contaba con un equivalente cercano en el Viejo Mundo; pensemos, en este sentido, en la citada correspondencia entre los *tamales* indígenas y los pasteles europeos. No obstante, este procedimiento contrastivo fue empleado por fray Bernardino frecuentemente en sus definiciones, ya que, como advierte Edmundo O’Gorman, “el modelo previo, el único conocido, se proyectó sobre el nuevo fondo que se configuró a su imagen y semejanza”.<sup>18</sup>

De acuerdo con lo anterior, encontramos aproximaciones conceptuales de la siguiente clase: “Ay unos anjmalejos del agua que se llaman *acocili*, son casi como camarones, tienen la cabeça como langostas, son pardillos y quando los coecen paranse colorados como camarones: son de comer coçidos y tambien tostados”,<sup>19</sup> o bien, al referirse a los mancebos virtuosos que vivían en el calmécac, Sahagún advierte: “Los grados por donde este tal (ascendía), son éstos: el primero le llamavan *tlamacazto*, es como acolito, el segundo le llamavan *tlamacazquj*, que es como diacono; el tercero le llaman *tlenamacac*, que es como sacerdote”.<sup>20</sup>

<sup>17</sup> CF, Lib. VIII, cap. xiii, fol. 23r.

<sup>18</sup> Martinell, *Aspectos lingüísticos del descubrimiento...*, p. 145.

<sup>19</sup> CF, Lib. II, cap. iii, par. 5, fol. 668r.

<sup>20</sup> CF, Lib. III, cap ix, fol. 40r.

En muchos casos el concepto indígena queda explicado mediante la traducción del término patrimonial, como en: “Ay un rio que se llama *nexatl*, que qujere dezir legia o agua pasada por cenja”, o “Ay un rio que se llama *totolatl* que qujere dezir rio donde beven las gallinas silvestres”.<sup>21</sup>

En otros casos, la denominación se establece por las características que comporta el referente; aquí el nombre es motivado por la naturaleza del concepto u objeto al que se alude: “Ay otra ave del agua que llaman *chilcanauhtli*, y llamase assi porque la cabeça, y el pecho, y las espaldas, y la cola, tiene de color de chile leonado, y tambien los ojos”.<sup>22</sup>

Otro de los fenómenos claramente identificables en el texto castellano del *Florentino* es el de su riqueza designativa. Frecuentemente Sahagún proporciona dos o más formas nahuas de denominación para hacer referencia a un mismo concepto. Veamos los siguientes ejemplos: “Ay otra culebra o serpiente que se llama *citlalcóatl*/ o *citlalin imjuh*: es verde, y pintada de estrellas, en muy pocas partes parece, es ponçoñosa; y su ponçoña es mortal: tienen ciertas supersticiones cerca desta culebra, los chichimecas como esta en la letra”.<sup>23</sup>

Ay en esta tierra ave de repina... le llaman *hecachichinuj*, que qujere dezir, el que chupa viento: y por otro nombre le llaman *cenotzquj*; que qujere dezir, el que llama la elada, y tambien le llaman *tletleton* que qujere dezir fuego: es pequeño, tiene el pico agudo y corvo: come ratones, y lagartijas...dizen, que no beve esta ave, despues de comjdo abre la boca al ayre, y el ayre le es en lugar de bevjda, tambien en el ayre, siente quando viene la elada, y entonces da gritos...<sup>24</sup>

### *Consideraciones finales*

Para fray Bernardino de Sahagún fue el estudio de la lengua náhuatl un instrumento fundamental para el proceso de conversión de los naturales del Nuevo Mundo. La única forma de poder extirpar el culto idolátrico era identificándolo y comprendiéndolo; por eso fray Bernardino instaba a sus compañeros a penetrar en el mundo indígena a través de sus idiomas vernáculos. Desde el prólogo de su magna *Historia* establece claramente el método que se debía seguir:

<sup>21</sup> CF, Lib. II, cap. xii, par. 2, 225r-v.

<sup>22</sup> CF, Lib. II, cap. ii, par. 3, fol. 39r.

<sup>23</sup> CF, Lib. II, cap. v, par. 4, fol. 237r.

<sup>24</sup> CF, Lib. XI, cap. ii, par. 4, fol. 49r.

Los predicadores, y confesores medicos son de las animas para curar las enfermedades espirituales: conviene (que) tengan experiencia de las medicinas y de las enfermedades espirituales. El predicador de los vicios de la república para enderezar contra ellos su doctrina, y el confesor para saber preguntar lo que conviene y entender lo que dijesen tocante a su oficio.<sup>25</sup>

La sólida formación humanística que había adquirido durante su estancia en Salamanca fue determinante en la concepción y desarrollo de sus trabajos lingüísticos; sin embargo, Sahagún no se limitó a trasladar los modelos gramaticales y lexicográficos o los criterios filológicos seguidos en la fijación de textos, que había aprendido en aquel importante centro del saber renacentista. Los problemas metodológicos que supusieron la confección del complejo doctrinal y enciclopédico y los trabajos meramente lingüísticos a los que se han hecho referencia aquí, reclamaban no sólo el rigor académico del fraile sino la capacidad de una mente excepcional que pudiera resolver problemas insospechados.

Se trataba de reelaborar los textos sagrados de la tradición cristiana para procesarlos a partir de otros sistemas lingüísticos; esto implicaba ir más allá de la traducción literal. Se trataba también de evitar posibles evocaciones al culto pagano a través de la enunciación en náhuatl de ciertos conceptos. Pero cómo deslindar ambas cuestiones, pues, si por un lado se intentaba transmitir el credo cristiano repensado en esa lengua patrimonial, por otro, la pronunciación de ciertos conceptos medulares del culto que se deseaba imponer podía generar una suerte de sincretismo.

Asimismo se trataba de adecuar las categorías gramaticales establecidas por la tradición grecolatina a un sistema muy distante en estructura y funcionamiento de esas lenguas clásicas y se trataba, también, de registrar en un monumental *corpus* los términos nahuas reunidos en una exhaustiva investigación de campo a fin de parangonarlos, en la medida de lo posible, con las realidades europeas para lograr su explicación. Éstos fueron algunos objetivos que se trazó Sahagún en su tarea lingüística durante su muy larga estancia misional en México. Los resultados fueron contundentes: un complejo doctrinal cuidadosamente elaborado, algunos de cuyos componentes fueron utilizados exitosamente en la empresa catequística y una invaluable enciclopedia de los nahuas del altiplano central, articulada a través de un ambicioso diseño lexicográfico, que nos ha permitido aproximarnos, más que ninguna otra obra, al universo indígena.

<sup>25</sup> CF, prólogo a la obra, fol. 1r.